

escritores como Juan Goytisolo o José Ángel Valente no es ajena a la de los escritores hispanoamericanos. La frontera de América con Europa estriba en los Pirineos.

—*En su poema «Alas», incluido en La otra mano del tañedor, dice «las alas de la mariposa son frágiles, pero su adelgazada superficie contiene el bosque», versos que nos parecen en sí mismos un arte poética y, al mismo tiempo, una profesión de fe en la perdurabilidad del poema, ese objeto sutil que contiene el universo y que por su fragilidad parece destinado a perecer. ¿Cómo podemos esperar salvarnos por medio de un objeto tan leve?*

—«La belleza salvará al mundo», se dice que afirmaba Dostoyevsky.

—*En ese mismo libro encontramos dos hermosos poemas, «Luna de octubre» y «El regreso», que recrean y reinterpretan los antiguos mitos de Endimión y de Ulises. ¿Qué valores además del estético encuentra en los mitos? ¿Por qué cree que se empeñan en tornar constantemente a través de esa suerte de sueño dirigido que es el poema?*

—El valor del mito no es ni puede ser sólo estético, sino ético, vital, político. Escribir es abrirse al flujo del mito, dejarse escribir por él.

—*Esa levedad de la que hablábamos anteriormente aparece de un modo más patente en su libro Cielos de Antigua en el que las nubes, como los sueños, se transfiguran y adquieren todo tipo de formas fabulosas. ¿Son las nubes en este libro una representación de esos anhelos que sólo pueden expresarse a través de la poesía? ¿Nace este poemario de alguna estancia suya en esa ciudad de Guatemala?*

—Escribí *Cielos de Antigua* de un tirón, en dos amaneceres sucesivos que tuve la fortuna de pasar solo en esa venerable ciudad. Los poemas surgieron como un ejercicio de purificación. Tanto interior como exterior, pues estoy y estaba consciente de que Guatemala es un territorio ensangrentado por la violencia y la violación de los derechos humanos. También hubo un elemento circunstancial. Escribí *Cielos de Antigua* para un proyecto fotográfico presentado por mi amiga la colombiana Gloria Posada —poeta y artista plástica— para registrar los cielos del planeta.

—*En Recuerdos de Coyoacán el recurso es otro, pues se trata de un lenguaje continuo y torrencial que pretende fingir los meandros y ritmos escurridizos de la conciencia para atrapar el tiempo de su generación, ese tiempo que se fuga y en el que usted «iba a tumbos como la música del organillo». ¿Qué piensa de la forma en la poesía? ¿Cuáles son los factores que la determinan? ¿Cree que cada vivencia tiene su manera específica de ser poetizada?*

—Cada experiencia solicita una forma, cada sed prefigura un vaso, cada hambre imagina una presa. La forma es una necesidad intermitente, discontinua que depende de la materia y de la experiencia.

—*En su «Epitafio del lector», colocado a manera de prólogo en su libro de poemas La campana y el tiempo, comenta que ha comprado más libros de los que ha leído, pues al recogerlos de la calle siente que se trata de los huesos dispersos de un ancestro cuyo perfil ignora, un antepasado que al reconstruirlo podrá entregarle la forma de su propia cara. ¿Será esta quizás la misión de la poesía, devolvernos nuestra perdida imagen?*

—No creo que pueda hablarse de una o de la misión de la poesía. Si la expresión lírica es una suerte de medicina universal, cada aflicción, cada falta debe hacerse sentir, y ese hacerse, a veces puede resolverse en arte o a veces en silencio, en experiencia estética.

—*Además de poeta, ensayista y narrador usted es un connotado traductor y en el ejercicio de este oficio ha vertido a nuestra lengua autores principalmente de lengua francesa e inglesa, como George Steiner, Louis Panabière, Juan Jacobo Rousseau, Maurice Blanchot. ¿Cómo nace su amor por esas lenguas y como fue su acercamiento a ellas hasta el momento en que llega a traducir sus primeros textos?*

—Como a muchos niños, el lenguaje se me presentaba como un enigma y una posibilidad incógnita. De hecho de niño me di el lujo inventar una suerte de idioma. En mi casa sólo se hablaba español, pero había en el aire la conciencia de que ese idioma que se hablaba en casa sólo era una suerte de isla en medio de un vasto océano: el griego, el latín, el italiano, el francés, el inglés, el alemán, el maya, las lenguas indígenas eran frutos de un jardín prometido que había que merecer.

Desde niño, soñé con merecer los frutos de ese jardín. Pero cuando empecé a traducir descubrí algo muy importante: no sabía yo español, al menos no sabía tanto y tan bien como yo pensaba. Uno de los aprendizajes que hace un traductor es el de darse cuenta de la precariedad de su conocimiento del propio idioma. Cada expresión en una lengua extranjera, remite a la extrañeza que suscita en la propia lengua.

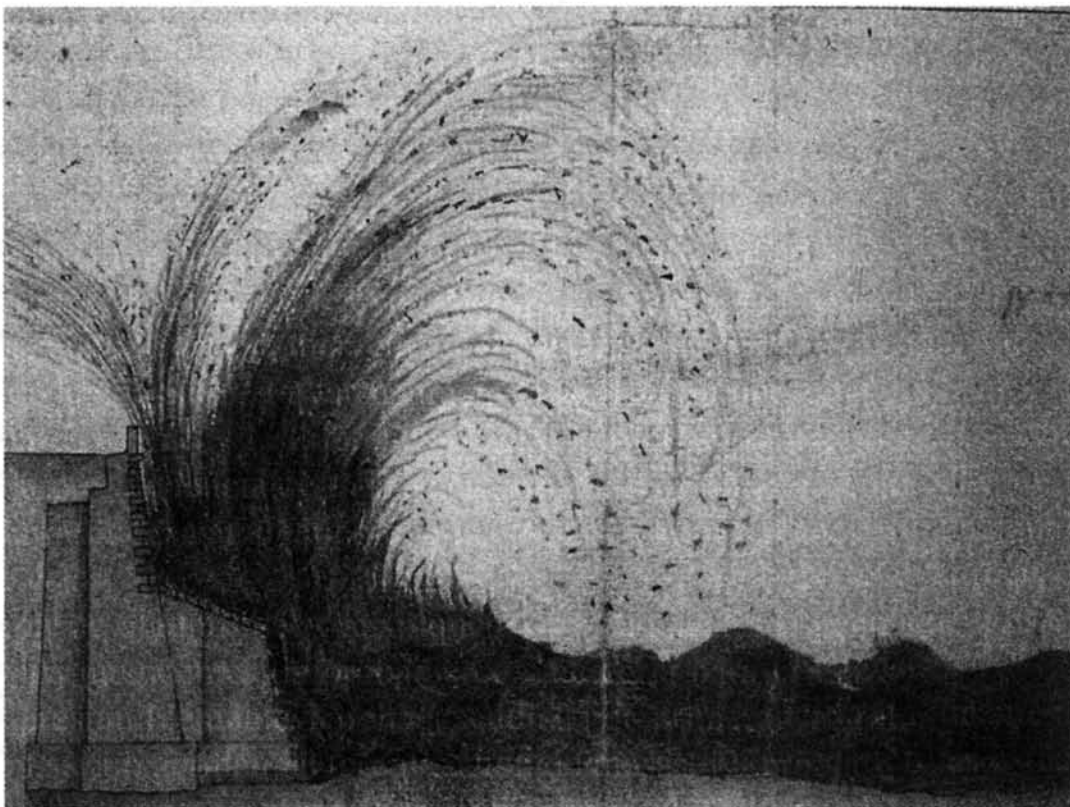
—*Hablemos ahora de un hecho que pienso ha sido capital en su vida, me refiero a su ingreso como editor al Fondo de Cultura Económica. ¿Querría decirme qué experiencias significativas le ha proporcionado su trabajo en esta importante editorial a lo largo de las tres décadas en que ha desarrollado su labor?*

—La experiencia en la editorial Fondo de Cultura Económica es y fue inagotable y formativa. Todavía hoy el Fondo me sigue impartiendo enseñanzas. Más allá de haber tratado a autores como Octavio Paz, Álvaro Mutis, Luis Villoro y Luis González o Augusto Monterroso, más allá de haber adquirido por el hecho mismo de trabajar ahí una cierta forma de mirar el mundo, la editorial ha sido para mí una escuela de y para la producción de sentido. Una editorial no es otra cosa que una máquina para producir sentido. De ahí que sus enseñanzas sean en cierto modo intemporales.

—*En su lúcido ensayo Fin de siglo analiza el tránsito que del desencanto al horror ha signado al proceso de modernización y secularización del siglo XX y la consiguiente desintegración cultural del hombre y señala cómo el artista latinoamericano, inmerso «en la vertiginosa danza de estas mutaciones culturales y tecnológicas», debe imponerse como tarea primordial la de poner al día su reloj y su mapa tirando por la borda todo aquello que no contribuya «a dar un sentido más puro a las palabras de la tribu». ¿Qué elementos del pasado siglo salvaría usted en estos tiempos de mudanza?*

—Salvaría y salvo la idea de salvación, el principio de esperanza para evocar el hermoso título del filósofo Ernesto Bloch. Pero la esperanza o la salvación no es un principio etéreos, gaseoso. Es una praxis, una suerte de amorosa oración incesante, de filocalía que exige el arte de la continuidad y la perseverancia, que impone con su voluntad de poder la conciencia sobre el mundo alienado y hechizado. Es un deseo

de conservar líquida la gota de la conciencia en medio de la roca, en el seno del hielo ambiente. Esa gota suele ser una lágrima, a veces de risa, a veces de llanto, a veces de silencio...



Estudio de contracción del lienzo marítimo. Muralla urbana, Cartagena de Indias